

Monte Moriah
IGLESIA CRISTIANA BÍBLICA, A.R.
SGAR/4803/2019

Razones Bíblicas del Sufrimiento

*“...pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence,
sino glorifique a Dios por ello.”*

1 Pedro 4:16

Escuela Dominical 2025

Callejón Romero 4651, Col. Reynoso, C.P. 22016; Tijuana, B.C., México.
Tel. (664) 379-6406 **Correo** - iglesia@montemoriah.org **Sitio** - montemoriah.org

Razones Bíblicas del Sufrimiento

I. Sufrimiento por Causa de la Justicia.

Job sufrió por causa de la justicia. Él es la ilustración más antigua registrada del problema del sufrimiento de un hombre piadoso mientras atravesaba una época de aparente silencio de Dios.

Para fundamentar nuestra postura sobre la razón del sufrimiento de Job, queremos considerar la Palabra de Dios respecto al carácter de este hombre.

Al comienzo de la narración de la vida de Job, vemos que las bendiciones físicas de Job fueron numerosas (Job 1:3). Job reconoció que estas bendiciones provenían del Señor y se aseguró de priorizar las cosas espirituales en su vida (Job 1:5). Ahora, mientras Job sirve a Dios continuamente, la escena cambia al cielo. Dos personas conversan. Ambos reconocen la justicia de Job. Son Dios y Satanás. Dios habla primero: *“Y Jehová dijo a Satanás: ¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?”* (Job 1:8). En este punto, queda claro que el mayor poder de autoridad, Dios, habla aquí. Las palabras de Dios están marcadas por “mi siervo” y “no hay otro como él en la tierra.” Esto basta para ver que Dios reconoce la justicia de Job. Y la respuesta de Satanás, refiriéndose a Job, implica claramente que coincide con la apreciación espiritual que Dios tiene de él. *“Respondiendo Satanás a Jehová, dijo: ¿Acaso teme Job a Dios de balde? ¹⁰ ¿No le has cercado alrededor a él y a su casa y a todo lo que tiene? Al trabajo de sus manos has dado bendición; por tanto, sus bienes han aumentado sobre la tierra.”* (Job 1:9-10). Satanás presenta a un Dios de circunstancias; insinúa que Job sirve a Dios por todo lo que Dios ha hecho por él. Pero la justicia de Job no proviene del trabajo, la prosperidad ni del yo, sino de Dios, incluso en la comunión (“mi siervo”), en la santidad (“perfecto”), en el carácter (“recto”) y en la reverencia (“temeroso de Dios”).

¡Satanás habla de nuevo! *“Pero extiende ahora tu mano y toca todo lo que tiene, y verás si no blasfema contra ti en tu misma presencia.”* (Job 1:11). Satanás reconoce aquí la fuente de la aflicción venidera de Job: *“La poderosa mano de Dios”* (1 Pe. 5:6).

En este punto vemos que el carácter de Job se ha mantenido firme; ningún pecado personal se presenta ante el trono. La pregunta es: “¿Sirve Job a Dios por cosas materiales? *“Dijo Jehová a Satanás: He aquí, todo lo que tiene está en tu mano; solamente no pongas tu mano sobre él. Y salió Satanás de delante de Jehová”* (Job 1:12). La “mano poderosa de Dios” se ve en esta declaración. Aunque Dios usa a Satanás como instrumento, es claro que su permiso se concede con una limitación estipulada: *“solamente no pongas tu mano sobre él.”*

Dios ahora vindicará su justicia eterna a través del “polvo” de Job. ¡Oh, qué maravilloso honor, Job! ¡No muchos de nosotros podríamos ser tal clase de “polvo”!

Veamos las cuatro calamidades que vinieron a Job: 1) Los sabeos; 2) el fuego de Dios; 3) los caldeos; 4) un fuerte viento del desierto. Aquí se mencionan dos fuentes de aflicción. Primera, Satanás, los “enemigos” del pueblo de Dios: los sabeos y los caldeos. Segunda, Dios; Su fuego y Su gran viento.

Los cuatro hombres vinieron a informarle de cada una de estas aflicciones; todos dijeron: *“solamente escapé yo para darte la noticia.”* (Job 1:15, 16, 17, 19). Ésta es la prueba para Job, y todo se centra en lo que hará después de que le informen sobre lo sucedido.

La primera reacción de Job fue reconocer que el Señor estaba en esta calamidad: *“Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito.”* (Job 1:21). Job conocía el principio enseñado en Romanos 8:28 muchos años antes de que se escribiera.

La tercera persona que habla de la justicia de Job es el escritor del libro: *“En todo esto no pecó Job, ni atribuyó a Dios despropósito alguno.”* (Job 1:22).

Es obvio que el sufrimiento de Job por causa de la justicia persiste; de lo contrario, Satanás no se habría presentado ante Dios como lo hizo la segunda vez, con mayor acusación y mayor permiso para probarlo. El Señor restablece la integridad de Job, y Satanás ataca directamente el cuerpo de Job esta vez (2:4-6).

La aflicción corporal —la nueva circunstancia de Job— se vuelve aún peor

para un hombre que es “polvo.” Job compartió el sufrimiento probablemente con mayor intensidad que la mayoría de los hombres. Fue una aflicción que lo llevó hasta la muerte, ¡PERO NO MURIÓ! (2:7-8).

En la era que vivimos, los predicadores populares de la Expiación Materialista habrían excomulgado a Job de la comunidad del favor de Dios. Y si Job hubiera creído en tal mensaje, su fe habría caído en el fatalismo.

La cuarta persona que habló de la rectitud de Job fue su esposa, la señora Job. Ella le dijo: “¿Aún retienes tu integridad? Maldice a Dios, y muérete.” (Job 2:9). Cuando el enemigo de un hombre es su esposa, y ella habla de su integridad, sin duda puedes creerle.

Después de todos estos sufrimientos, los supuestos amigos de Job, tres en total, vinieron y “*se sentaron con él en tierra por siete días y siete noches, y ninguno le hablaba palabra, porque veían que su dolor era muy grande*” (2:13). Sin embargo, pasados estos días, comenzaron a hablar y acusar a Job con frecuencia, juzgándolo incorrectamente y declarando que sus sufrimientos se debían a sus pecados. Pero Job persistió en su fe y mantuvo su integridad. El Señor lo bendijo después de este tiempo de prueba: “*Y bendijo Jehová el postrer estado de Job más que el primero...*” (Job 42:12a).

¡Satanás y su acusación se han ido! ¡El sufrimiento de Job se ha ido! ¡Y la palabra y la justicia respecto a Job se mantienen firmes contra el tiempo y contra cualquier argumento del mundo!

Job sufrió por causa de la justicia, más “El Todopoderoso” estaba con él (Job 5:17-25).

II. Sufrimiento por causa del Evangelio.

Ananías recibió una profecía sobre la vida y el tenor del ministerio de Pablo. Esta profecía se refería a sus sufrimientos. La profecía decía: “*porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre*” (Hechos 9:16).

Sufrir por causa del evangelio era algo muy común para Pablo. En 2 Corintios 11:23-29, menciona las muchas maneras en que sufrió sirviendo a Jesús. Fue más afligido “*en trabajos más abundante; en azotes sin número; en cárceles más; en peligros de muerte muchas veces*” (11:23).

La palabra “trabajo” significa «trabajo intenso acompañado de dificultades y esfuerzo». Pablo era un trabajador incansable y trabajó más que otros, incluidos los demás apóstoles (1 Co. 15:10); trabajó en mayor medida, con más ahínco y con mayor empeño que otros. Cuando entregas tu vida entera al Señor, sufrirás las consecuencias del duro trabajo. Pablo también fue azotado muchas veces; una vez en la prisión de Filipos (Hechos 16:23); dice que de los judíos cinco veces recibió cuarenta azotes menos uno (2 Co. 11:24); la ley judía no permitía más de cuarenta azotes (Deut. 25:3). Tres veces fue azotado con varas (2 Co. 11:25).

Pablo estuvo muchas veces en prisión por su fe (11:23); en Filipos, en Jerusalén, en Cesarea y en Roma. Muchas veces casi murió porque querían matarlo; una vez fue apedreado en Listra y lo sacaron de la ciudad, pensando que estaba muerto (Hechos 14:19); en Jerusalén, los judíos lo sacaron del templo y cuando iban a matarlo, vieron a los soldados y a los centuriones y se fueron golpeando a Pablo (Hch. 21:30-32). También en Jerusalén, más de cuarenta judíos se unieron y se comprometieron bajo maldición, diciendo que no comerían ni beberían hasta haber matado a Pablo (Hch. 23:12-13). Pero Pablo no temía morir. Sabía que el Señor estaba de su lado y que la voluntad de Dios era más importante que su propia vida. En Hechos 20:24, sabiendo por el Espíritu Santo que le aguardaban cadenas y aflicciones, dijo: *“Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios.”* Y de nuevo en Hechos 21:13, dice a los hermanos que le rogaban que no subiera a Jerusalén por ser demasiado peligroso para él: *“¿Qué hacéis llorando y quebrantándome el corazón? Porque yo estoy dispuesto no sólo a ser atado, mas aun a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús.”*

Pablo continúa mencionando sus sufrimientos en 2 Corintios 11, diciendo: *“Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náufrago en alta mar; ²⁶ en caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en*

el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; ²⁷ en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez; ²⁸ y además de otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias. ²⁹ ¿Quién enferma, y yo no enfermo? ¿A quién se le hace tropezar, y yo no me indigno? (2 Co. 11:25-29).

La vida de Pablo estaba consumida por el Señor; siempre estaba haciendo algo por Él, y esto le trajo mucho sufrimiento. Pero él sabía que el Señor obra en nuestras vidas mediante el sufrimiento (Rom. 5:3-4), y que un cristiano piadoso que anhela vivir para su gloria sufrirá. Dijo en 2 Timoteo 3:12: “*Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución.*” Esta era una verdad que Timoteo y todos los cristianos necesitaban conocer, especialmente en aquellos tiempos de gran persecución contra quienes predicaban y vivían el evangelio.

III. Sufrimiento por Nuestro Propio Bien.

Pablo también es un ejemplo de sufrir por nuestro propio bien. Este gran apóstol no solo sufrió por causa del evangelio, sino también sufrió porque recibió muchos privilegios. Recibió revelaciones que ningún hombre recibió (2 Co. 12:1-4). Por lo tanto el Señor le dio un agujón en la carne para que no se enalteciera desmedidamente por la abundancia de las revelaciones que recibió (2 Co. 12:7). Por esto, rogó al Señor tres veces que le quitara el agujón (2 Co. 12:8); pero el Señor le respondió: “*Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad*” (12:9^a). A esto el apóstol respondió diciendo: “*Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. ¹⁰ Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte*” (2 Co. 12:9b-10). El agujón de Pablo fue dado para su propio bien. Llegó a un punto en el que pudo decir que, ya que el “agujón” es para mi bien, entonces lo llevaré “con gozo” para que mi vida y ministerio sean para “la gloria de Cristo”. Pablo conocía el propósito del “polvo” y el “agujón.” Él dijo: “*Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de*

nosotros” (2 Co. 4:7).

IV. Sufrimiento para Dar a Dios la Oportunidad de Obrar.

“Al pasar Jesús, vio a un hombre ciego de nacimiento. ² Y le preguntaron sus discípulos, diciendo: Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego? ³ Respondió Jesús: No es que pecó éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él.” (Juan 9:1-3).

En esta declaración parece estar claro que este hombre, único en su situación, había sido reservado desde la fundación del mundo —en la manifestación de sus sufrimientos— para este gran acontecimiento: ¡para sufrir, solo para poder encontrarse con el Maestro! En este relato aprendemos mucho sobre la enfermedad y la sanación:

Primero, aprendemos que, aunque algunas personas sufren por su pecado personal, el sufrimiento de este hombre no fue por esa razón.

Segundo, aprendemos que, aunque algunas personas sufren por el pecado de sus padres, el sufrimiento de este hombre no fue por esa razón.

Tercero, aprendemos que la razón de la ceguera de este hombre fue *“para que las obras de Dios se manifiesten en él”* (Juan 9:3b).

¡Oh, Dios, ¡danos más personas que sufren en quienes puedas realizar tus obras!

V. Sufrimiento a Causa del Pecado Personal.

Otro hombre, que no se nos da su nombre, nos da otra razón para el sufrimiento. A veces, el sufrimiento es el resultado directo del pecado personal. El hombre sanado en el estanque de Betesda *“que hacía treinta y ocho años que estaba enfermo”* (Juan 5:1-15). De las palabras de Jesús al hombre después de sanarlo, entendemos que los pecados de este hombre fueron la causa de su enfermedad. *“Después le halló Jesús en el templo, y le dijo: Mira, has sido sanado; no peques más, para que no te venga alguna cosa peor.”* (Juan 5:14).

En estos días en que vivimos, probablemente una de las mayores causas de sufrimiento y enfermedad, directa o indirectamente, es el pecado personal. Pero, aun así, queremos recordar que ésta es solo una de las razones del sufrimiento enumeradas en las Escrituras. Fue un pecado personal de la iglesia

de Corinto, el abuso de la Cena del Señor, lo que dio pie a que Pablo escribiera: *“Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen (o han muerto)”* (1 Co. 11:30).

El rey Uzías también es un ejemplo de este tipo de sufrimiento. Enfermó de lepra y fue expulsado de la casa del Señor y de su propia casa por haberse excedido y usurpar el oficio sacerdotal, lo cual era un pecado (2 Reyes 15:5; 2 Crónicas 26:16-21).

VI. Sufrimiento a Causa de la Maldición.

El sufrimiento puede deberse a que vivimos en un mundo bajo la maldición.

Se dice del rey Asa que *“en el año treinta y nueve de su reinado, Asa enfermó gravemente de los pies, y en su enfermedad no buscó a Jehová, sino a los médicos”* (2 Cr. 16:12). Su enfermedad se originó simplemente por vivir en este mundo bajo la maldición; no se le acusa de nada por la enfermedad; simplemente, una vez enfermo, no buscó al Señor, sino a los médicos.

El rey David participó de esta maldición universal, en el ciclo común de la vida. *“Cuando el rey David era viejo y avanzado en días, le cubrían de ropas, pero no se calentaba.”* (1 Re. 1:1). Los últimos años de David estuvieron llenos de un deterioro en su salud, y se le buscó a una enfermera, Abisag sunamita, para que lo cuidara. El rey David, hecho del polvo, bajo la maldición universal, enfermó en sus últimos días. El sufrimiento fue resultado de la maldición general sobre el mundo.

VII. Sufrimiento a Causa del Ministerio.

Epafrodito era un cristiano enviado con ofrendas de la iglesia de Filipos a Pablo, prisionero en Roma. Quien en su estancia con Pablo enfermó gravemente, pero tras sanar y recuperarse, regresó a Filipos llevando consigo la epístola de Pablo a esa iglesia (Fil. 2:25-30; 4:18).

La Biblia nos dice por qué enfermó: *“porque por la obra de Cristo estuvo próximo a la muerte, exponiendo su vida para suplir lo que faltaba en vuestro servicio por mí.”* (Fil. 2:30).

Epafrodito enfermó por su trabajo en el ministerio de Jesucristo. Ahora bien,

esa es una enfermedad santificada que debes considerar. Esta enfermedad no es resultado del diablo; al contrario, fue resultado del ministerio del evangelio. ¡Juan el Bautista perdió la cabeza por este tipo de sufrimiento!

VIII. Sufrimiento por Falta de Fe.

Otra razón para el continuo sufrimiento de algunos personajes de la Biblia es que no acudieron al Señor con fe. Aunque no recuerdo a nadie en la Biblia que enfermara por falta de fe, hay ejemplos de quienes permanecieron enfermos por no tener fe en Dios.

Sin duda, Naamán habría sanado antes si hubiera obedecido la palabra de Dios a través del profeta y hubiera ejercido fe bajando al Jordán antes.

El padre y su hijo (Mr. 9:17-29) son otro ejemplo de falta de fe; o su sufrimiento continuó hasta el momento de confiar y creer en la fe. Cristo le dijo: “Si puedes creer, al que cree todo le es posible” (9:23).

En este punto el sufrimiento no parece deberse a la falta de fe, pero la sanidad, en algunos casos, puede detenerse por la falta de confianza y fe.

IX. Sufrimiento para estar preparados para el propósito de Dios en nuestra vida.

La vida de José, hijo de Jacob, fue una vida de sufrimiento. El sufrimiento fue una de las maneras en que el Señor lo preparó para convertirse en el gran hombre que fue.

Desde niño comenzó a experimentar sufrimientos. Su madre murió cuando nació su hermano Benjamín; José era un niño cuando esto sucedió (Gn. 35:16-20).

A los diecisiete años, trabajaba para su padre apacentando el rebaño junto con sus medio hermanos, los hijos de Bilha y Zilpa, esposas de su padre. José le contó a su padre los malos informes de ellos. Le informó sobre las malas acciones de sus hermanos (Gn. 37:2). Por esta razón, podemos imaginar que sus hermanos no lo apreciaban mucho. José sufrió por hacer lo correcto ante su padre y ante Dios.

También se dice que Jacob amaba a José más que a todos sus hijos y le hizo

una túnica de diversos colores (Gn. 37:3). Pero cuando sus hermanos vieron que su padre lo amaba más que a ellos, lo odiaron y no pudieron hablarle pacíficamente. José sufrió el desprecio de sus hermanos (Gn. 37:5).

Los hermanos de José lo odiaron aún más después de que les contara a ellos y a su padre los sueños que había tenido. La razón de su odio era que en esos sueños José aparecía como rey o jefe sobre sus hermanos (Gn. 37:5-11).

Después de esto, los hermanos de José fueron a apacentar el rebaño en Siquem, y Jacob envió a José a ver si todo estaba bien con ellos y los rebaños (Gn. 37:12-14). Cuando los hermanos de José lo vieron venir, conspiraron contra él para matarlo (37:18-20). Rubén, el hermano mayor de José, lo libró de sus manos diciendo: «No lo matemos». Les pidió que metieran a José en una cisterna en el desierto y que no lo mataran. Rubén buscaba liberar a José de sus manos y llevarlo de vuelta con su padre (37:21-22). Luego, en la ausencia de Rubén, los hermanos de José lo vendieron a una compañía de ismaelitas que lo llevaron a Egipto (Gn. 37:28). Estos fueron momentos de gran sufrimiento para José; vio las malas acciones de sus hermanos contra él. En Génesis 42:21 se revela que cuando José fue vendido por sus hermanos, se sintió profundamente angustiado y les rogó que no lo vendieran, pero no lo escucharon.

Ahora podemos ver a José caminando hacia Egipto como esclavo, alejándose de su padre sin esperanza de regresar. Un jovencito de diecisiete años, vendido por sus propios hermanos. Lo único que le quedaba era su fe en el Dios de su padre.

Esta difícil situación fue utilizada por Dios para acercar a José a Él. En Génesis 39 se dice que José fue vendido a Potifar, un oficial del faraón; pero el Señor estaba con José y lo prosperó. José halló gracia ante Potifar. Esto sucedió porque el Señor estaba con él (Gn. 39:2-4). Todo este tiempo no fue fácil para José, pero descansó en el Señor y el Señor lo bendijo.

Después de esto, la esposa de Potifar calumnió a José, mintiendo al afirmar que intentó abusar de ella. La razón fue que esta mujer insistía a José que se acostase con ella, para esta con él, pero José no lo hizo por temor al Señor y ella lo calumnió (Gn. 39:7-20). Así que el sufrimiento comenzó de nuevo, y

José fue encarcelado. Todo esto fue difícil para José, pero la providencia de Dios en su vida estaba detrás de todo ello. Allí, en la prisión, la mano de Dios le concedió el favor del carcelero, quien encomendó a José a todos los presos (Gn. 39:21-23). Después de esto, Faraón se enfureció contra dos de sus oficiales, el jefe de los coperos y el jefe de los panaderos. Los puso bajo custodia en la casa del capitán de la guardia, en la prisión, donde José estaba preso (Gn. 40:2-3). Un día, el jefe de los coperos y el jefe de los panaderos tuvieron un sueño. José interpretó sus sueños. Y todo les sucedió tal como José lo interpretó. El jefe de los coperos fue restituido en su cargo y el jefe de los panaderos fue ahorcado. José le pidió al jefe de los coperos que lo recordara cuando regresara a su cargo, pero éste se olvidó de José.

Dos años después, Faraón tuvo sueños y nadie pudo interpretárselos. El jefe de los coperos recordó a José, y la historia continúa contándonos que José interpretó los sueños de Faraón y que éste lo nombró el segundo jefe de todo Egipto (Gn. 41).

Todos estos sufrimientos prepararon a José para hacer la voluntad de Dios para su vida. El Señor lo preparó durante todos esos años y todos esos sufrimientos. José salvó la vida de muchas personas que podrían haber muerto por la hambruna que llegó. Estaba listo para liderar al pueblo, tenía el carácter para trabajar con la gente y confió en Dios para esa gran tarea. Comprendió que todo lo que le sucedió era el propósito de Dios para salvar a mucha gente, incluyendo a su familia.

En Génesis 45:5-8, después de que José les reveló a sus hermanos que era su hermano a quien habían vendido, José enfatiza que fue Dios quien lo envió a Egipto. Todos los sufrimientos fueron necesarios para moldear su vida según el propósito de Dios. Es importante destacar que no estuvo solo en ningún momento. El Señor estaba con él (Is. 41:10).

El Señor Dios no pierde el control cuando parece tener menos control. *“Verdaderamente tú eres Dios que te encubres, Dios de Israel, que salvas.”* (Is. 45:15). Quizás puedas recordar una situación en tu vida donde todo salió de maravilla cuando parecía que todo conspiraba en tu contra. A veces, Dios obra con más fuerza cuando parece que no obra en absoluto.

Después de la muerte de Jacob, los hermanos de José pensaron que les pagaría todo el mal que le habían hecho, pero José les respondió: *“Y les respondió José: No temáis; ¿acaso estoy yo en lugar de Dios? Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo.”* (Gn. 50:19-20). José estaba convencido de que todas las cosas obran para bien de aquellos que aman a Dios (Ro. 8:28). Los sufrimientos de la vida son parte de la preparación que Dios nos da para que estemos listos para cumplir Su perfecta voluntad.

X. Sufrimiento por Nuestra Identificación como Hijos de Dios.

“Porque el Señor al que ama, disciplina, Y azota a todo el que recibe por hijo.” (He. 12:6). Hay dos cosas obvias en esta declaración:

1. Hay un “azote” dado a cada hijo al ser recibido por Dios. Acompaña el Nuevo Nacimiento de cada pecador un “azote” inicial, identificado por el “reproche” que el mundo inflige a ese nuevo cristiano. Este sufrimiento es un elemento fundamental en el inicio del cristiano en el nuevo reino de la Gracia. Cuando el cristiano se identifica con el Evangelio, recibe automáticamente esta marca de sufrimiento.

2. También hay un “castigo” o “disciplina” del Señor en la vida del cristiano, posterior al “azote” inicial en el Nuevo Nacimiento. Esto se refiere a la obra de disciplina que el Señor lleva a cabo en Sus hijos a fin de que participen de Su santidad.

XI. Sufrimiento para Producir Paciencia.

“Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia.” (Ro. 5:3).

La palabra que se traduce aquí “gloriamos” es la misma que aparece en Romanos 5:2, también traducida como “nos gloriamos.” El significado es que nos gloriamos o regocijamos no solo en la esperanza; no solo en los resultados directos de la justificación; sino que llevamos nuestro gozo y triunfo incluso en medio de las pruebas. En Cristo podemos regocijarnos en las persecuciones (Mt. 5:11-12; Stg. 1:2, 1:12).

La palabra griega usada en amos versos es “kaucaomai” que significa jactarse o gloriarse. Se traduce casi en todos los pasajes con el verbo «gloriarse»; las excepciones son Ro 2:23; 1 Co. 1:29, Sant. 4:19, donde se traduce como «jactarse». Se usa: (a) de vanagloriarse, p.ej., además de las tres citas anteriores, en 1 Co. 3:21; 4:7; 2 Co 5:12; 11:12, 18; Ef. 2:9; (b) de gloriarse con razón, en Ro. 5:2, 3, 11; 1Co. 1:31; 2Co. 9:2; 10:8; 12:9; Gál. 6:14; Fil. 3:3 y Sant. 1:9.

Así que nos gloriamos y nos regocijamos en las tribulaciones y en las aflicciones. La palabra usada aquí para “tribulaciones” significa literalmente presión, opresión; se usa figurativamente en el Nuevo Testamento para referirse al sufrimiento provocado por circunstancias externas: aflicción, opresión, problemas. Se refiere a todo tipo de pruebas que las personas están llamadas a soportar; aunque es posible que Pablo se refiriera específicamente a las diversas persecuciones y pruebas que estaban llamadas a soportar como cristianos.

Estas tribulaciones producen paciencia: la paciencia que produce el sufrimiento es la palabra “*hupomonei*”, que significa “continuar bajo” presión. Sinónimos de esta palabra son firmeza, constancia y resistencia.

Noah Webster define “paciencia” como: “un temperamento tranquilo, que sufre males sin murmurar ni descontentarse. Y también como: el sufrimiento de aflicciones, dolor, trabajo, calamidad, provocación u otro mal, con un temperamento tranquilo y sereno; resistencia sin murmurar ni irritarse. La paciencia puede surgir de la fortaleza de espíritu, de una especie de orgullo heroico o de la sumisión cristiana a la voluntad divina.”

El efecto de las aflicciones en la vida de los cristianos es hacerlos pacientes. Los pecadores se irritan y se angustian por ellas; se quejan y se vuelven cada vez más obstinados y rebeldes. Carecen de consuelo; consideran a Dios un amo severo; y se vuelven irritables y rebeldes en proporción a la profundidad y la duración de sus pruebas. Pero en la mente de un cristiano que reconoce la intervención de su Padre; que ve que no merece misericordia; que confía en la sabiduría y la bondad de Dios; que siente que es necesario para su propio bien ser afligido; y que experimenta su efecto feliz, moderador y suave al refrenar

sus pasiones pecaminosas y al apartarlo del mundo, el efecto es producir paciencia. En consecuencia, generalmente se encontrará que los cristianos que sufren más tiempo y con mayor severidad son los más pacientes. Año tras año de sufrimiento produce mayor paz y serenidad en el alma; y al final de su vida, el cristiano está más dispuesto a ser afligido y soporta sus aflicciones con más calma que al principio. Aquel que en la tierra fue el más afligido, fue el más paciente de todos los que sufrieron; y no menos paciente cuando fue “llevado como cordero al matadero.”

Dios usa el sufrimiento para probar nuestro carácter. Cumple el propósito de un examen. Revela nuestras fortalezas y debilidades. Nos revela a nosotros mismos, y es cierto que podemos sorprendernos de lo que se revela de nuestra vida a través del sufrimiento. Pero el sufrimiento no solo prueba revelando el carácter, sino que también lo fortalece y lo confirma. Las circunstancias demasiado blandas no hacen huesos; producen un carácter sin agallas. El lujo rara vez es cuna de gigantes. “Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios”. Pero el sufrimiento no sólo revela y robustece el carácter, sino que también lo desarrolla sacando a la luz sus bellezas ocultas.

XII. Sufrimiento para poder ministrar a otros.

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, ⁴ el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios.” (2 Co. 1:3, 4).

Los sufrimientos que experimentamos nos involucrarán con otros o nos aislarán de ellos. Construiremos muros o puentes, dependiendo de la actitud que adoptemos. (Wiersbe)

Incluso el consuelo espiritual después de momentos de sufrimiento no nos es dado solo para nuestro uso; sino como todos los dones de Dios, es dado para que se distribuya o se convierta en instrumentos de ayuda para otros. Las pruebas y el consuelo de un ministro son permitidos y enviados para el

beneficio de la Iglesia. ¡Qué miserable predicador debe ser aquel que tiene toda su teología por el estudio y el conocimiento, y nada por la experiencia! Si su alma no ha pasado por todo el trabajo de la regeneración, si su corazón no ha sentido el amor de Dios derramado en él por el Espíritu Santo, no puede instruir al ignorante ni consolar al afligido.

Conclusión.

Concluimos este artículo sobre el sufrimiento con las promesas que la Biblia da a quienes sufren, con el propósito de que nuestras almas no se cansen de hacer el bien, porque a su tiempo segaremos si no desmayamos.

“Porque mejor es que padezcáis haciendo el bien, si la voluntad de Dios así lo quiere, que haciendo el mal.” (1 Pedro 3:17).

“De modo que los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, y hagan el bien.” (1 Pedro 4:19).

“Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna.” (Santiago 1:2-4).

“Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse.” (Romanos 8:18).

“Así que, ninguno de vosotros padezca como homicida, o ladrón, o malhechor, o por entremeterse en lo ajeno; pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello.” (1 Pedro 4:15-16)

Nota del escritor

En este ensayo sobre el sufrimiento, me he basado en gran medida en el libro del Dr. O. Talmadge Spence, "La Búsqueda de la Pureza Cristiana" (The Quest For Christian Purity). La presentación bíblica del sufrimiento en las páginas de este precioso libro ha sido realmente utilizada por el Señor para enseñarme las grandes verdades del sufrimiento. Gracias al Señor por su Palabra infalible y por los hombres del pasado que, con un corazón rendido al poder del Espíritu Santo, nos dejaron un legado en sus vidas y escritos.

Atentamente,

Dr. Luis Soberanes,

Pastor de la Iglesia Cristiana Bíblica Monte Moriah.

Bibliografía

Barnes, Albert. Notes on the New Testament. Grand Rapids, Michigan; Baker Books, 1847.

Clarke, Adam. Commentary and Critical Notes. The Old Testament, Vol. II – Joshua to Esther. New York-Nashville: Abingdon, Cokesbury Press.

Friberg Greek Lexicon.

Jowett, J. H. The Epistles of St. Peter. Grand Rapids: Kregel Publications, 1970.

Spence, O. Talmadge. The Quest for Christian Purity. Shoals, Indiana: Old Path Tract Society, Inc., 1964.

Vine, W.E. Diccionario Expositivo de Palabras del Antiguo y del Nuevo Testamento Exhaustivo. Nashville, TN: Editorial Caribe Inc., 1999.

Webster, Noah. Dictionary of American English, 1828.

Yoho, Walter Allan. Tremendous Truths about Trials. Winston-Salem, N.C.: Piedmont Bible College Press, 1987.